

Ideal Revista

PUBLICACIÓN ARTÍSTICA SEMANAL

Año II | Valdepeñas 24 de enero de 1927 | N.º 5

Administración: Empresa del Cine Ideal

CINE IDEAL

QUINTA FUNCIÓN DE MODA

el Martes 25 de Enero

a las nueve y media de la noche

PROYECCIÓN DE LA PRODUCCIÓN GAUMONT,

selección *Diamante azul*

La Madre DE TODOS

creación de la célebre actriz

Mary Carr

Ideal Revista

Esta publicación se reparte a domicilio gratuitamente.

Se suplica a las personas que deseen recibirla, que se sirvan notificarlo a la Empresa del CINE IDEAL.

CINE IDEAL PROGRAMAS SUCESIVOS

Jueves 27

UNA FLOR DEL CAMINO

Sábado 29 y Domingo 30

LA BEJARANA

Martes 1 de Febrero

El admirable Crichton

por GLORIA SWANSON y TOMAS MEYGHAN

A una chica "a la andaluza"

He estado contemplando largo rato
 esa tu efigie, neta sevillana,
 porque allí, tu belleza soberana,
 fijada fué como en ningún retrato.

No hubo retoque por que en tí es innato
 ese gracejo que tu rostro emana,
 y tus ojos, sin par, de mahometana,
 podrían suplir los de la musa Erato. (1)

Sombrero ancho tu cabeza toca,
 rasando el doble arco de tus cejas,
 con una onda, entre las dos, traidora;

y pienso, al admirar tu hermosa boca,
 en la media docena de tus rejas,
 para poder decirte ¡encantadora!

ELOY MUÑOZ MARTÍ.

Madrid, 12-1-27.



Revisado por la censura.

(1) Del amor.

EL SACRIFICIO

Le conocí en la Universidad, y ya en aquel tiempo todos sabíamos que una obsesión extraña dominaba su vida. Era taciturno, silencioso y esquivo. Gustaba de andar siempre solo aislándose de los demás, abismado en una abstracción continua. Poseía una figura apocada y hostil. En su rostro pálido destacábanse unos ojos de visionario, que miraban con extraordinaria fijeza al mundo interior de sus pensamientos, lo cual infundía a su gesto ese alejamiento peculiar de los enajenados.

Al principio todos le juzgaron un muchacho inofensivo y débil. Y durante un poco tiempo abusaron de su pasividad, ensañándose en él. Hasta cierto día en que al pasar junto a un grupo de estudiantes una tremenda blasfemia pronunciada por uno de ellos le hizo parar de pronto, como si hubiera recibido un trallazo en la cara. En seguida se arrojó sobre el impío con tan feroz ímpetu que de no sujetarle los demás acaso le hubiese estrangulado entre sus manos.

Desde este momento todos le miraron recelosamente, y se apartaron de él creyéndole un hombre anormal.

Fué entonces cuando, al fijar mi atención sobre aquel muchacho, sentí una gran curiosidad por bucear en su espíritu, y a todo trance procuré obtener su amistad. Me costó gran trabajo conseguirlo y solo después de innumerables tentativas logré que me brindara su confianza.

Ya en adelante, Eugenio Escobar y yo fuimos inseparables amigos. Merced a esta afectuosa intimidad, supe sus más hondos secretos y sus más lacerantes inquietudes.

Me percaté en seguida de que Escobar padecía una exaltación religiosa, de rara índole, que en definitiva habría de conducirle al manicomio o al convento.

Toda su vida gravitaba sobre la idea perturbadora y terrible del infierno. No podía olvidar que en cualquier instante la muerte era capaz de sorprenderle en pecado, y que su alma, condenada entonces a un fuego inextinguible padecería durante eternidades los suplicios más angustiosos.

Este temor había arraigado de tal forma dentro de sus entrañas y de su cerebro, que muchas noches sentía en su carne la mordedura cruel de las llamas, dominado por una pesadilla siniestra. ¡Y se despertaba aullando de dolor y enloquecido por el espanto!

Tenían sus sueños tal aspecto de rigurosa realidad y quedaban tan grabados en su mente, que después me hacía descripciones fantásticas y dantescas de aquel lugar anonadador en donde su cuerpo se había retorcido, abrasado por el fuego.

Me lo pintaba con gestos de terror y palabras temblorosas, que a veces me hacían sonreír y en ocasiones llegaban a intimidarme. Era un infierno mucho más inexorable y más monstruoso que el descrito con

tercetos armoniosos en «La Divina Comedia». No sólo crepitaba el fuego sobre la pobre arcilla humana, sino que todos los sentidos estaban condenados a torturas perpétuas y diversas, que aumentaban gradualmente en intensidad.

Aun cuando yo solía escucharle fingiendo una atención desmedida, que contrastaba con mi irónico gesto interior, con frecuencia sus relatos me impresionaban por la emoción que ponía en ellos y sobre todo por la angustia infinita que Eugenio Escobar sufría, imaginando que sus abominables sueños eran nuncio de su destino final.

Su miedo pavoroso hizo que despertaran en él, energías impensadas y fuerzas increíbles para luchar contra aquellos designios fatales. Acudía diariamente a la iglesia, en donde, después de oír misa, confesábase las faltas más leves y las más pueriles culpas. Por último comulgaba, esforzándose porque su devoción fuera solemne y sincera, aunque en el fondo tuviese el convencimiento de que únicamente la atrición le impulsaba a realizar todos aquellos actos.

Un día fui a visitarle a su casa, y observé que tenía convertido su dormitorio en una pequeña capilla. Frente a su cama se alzaba un improvisado altar, sobre el que se veía, esculpida en yeso, la figura del Arcángel San Miguel en su característica actitud victoriosa con la flamígera espada alzada en alto y aplastando bajo sus plantas al vencido Lucifer.

Este grupo bélico constituía para Escobar un agradable símbolo. Alrededor del Arcángel se hallaban diseminadas muchas figuritas de santos y vírgenes, entre cirios y búcaros con flores artificiales. Sobre la cama pendía un gran crucifijo de metal, que rozaba el techo.

Estuve contemplándolo todo con detención, asombrado de que la peregrina manía hubiese absorbido de tal modo a mi amigo. Escobar me siseó cautelosamente y me volví. Con mucho misterio extrajo de entre los colchones unas cuerdas, en las que había atados unos pedacitos de hierro y exclamó:

—Mira; mis disciplinas. Cuando la tentación es demasiado fuerte, esto es un remedio poderoso para no caer en pecado. ¡Y nos hace dignos a los ojos de Dios!

Mientras me enseñaba aquel instrumento de mortificación, quedó de repente pensativo y pálido. Con una amargura profunda retratada en su rostro, musitó acongojado:

—¡Si al menos me librara esta penitencia de las penas del infierno!

Al acabar de pronunciar estas palabras, se dejó caer de bruces en la cama y rompió a sollozar empavorecido y trémulo, abrumado por la fatídica idea obsesionante. Lloraba con una desesperación tan extrema, y de lo recóndito de su pecho acudían tan lastimeros gemidos a su garganta que estuve unos momentos paralizado de emoción ante el espectáculo de aquel sufrimiento sin igual.

Iba a acercarme a él para aplacar su pesadumbre, cuando de un

salto Eugenio se subió en el lecho, descolgó el enorme crucifijo y se abrazó a él con furiosa vehemencia.

Sus lágrimas caían sobre el semblante del crucificado, y rodaban por su rostro de metal como brasas ardientes...



Alejados por la distancia y por el tiempo, alguna vez acudía a mi pensamiento el recuerdo de mi amigo Escobar. Sentía el deseo de conocer el proceso de sus funestas aberraciones, e imaginaba que el desventurado había muerto, de fijo, olvidado por todos, en algún ignorado convento o quizás en la reclusión aterradora de un manicomio. Luego acabé por no acordarme jamás de él, convencido de que mis tristes suposiciones se habrían cumplido.

Por eso mi sorpresa no tuvo límites cuando al cabo de muchos años al regresar de nuevo a mi ciudad, me tropecé un día en la escalera de mi casa con el propio Eugenio Escobar, que habitaba en el piso superior al mío. Habíame reconocido y me contemplaba a su vez con extrañeza.

Mi antiguo compañero y amigo apenas cambiara durante nuestra larga separación. Los años habían bordeado sus ojos de recias sombras azuladas. Estaba más delgado, y su palidez era más aguda, más macabra. Los surcos de su frente y las dos profundas arrugas que bajaban rotundas desde el extremo de su nariz hasta la comisura de sus labios, señalaban la huella que el dolor había impreso en su faz. Noté también un fulgor nuevo en sus ojos: algo inexplicable que infundía miedo y ponía frío en el corazón. Creyérase que todas sus torturas, que todas sus interminables angustias y sus obsesiones escalofrantes se habían acumulado, de súbito, en sus pupilas y desde allí se asomasen a la vida.

En cuatro palabras me informó de los acontecimientos de sus últimos años. Se había casado. Tenía un hijito lindo e inteligente, que contaba entonces siete primaveras a nables y constituía su mayor bienandanza en la tierra.

Estuvimos dialogando de cosas indiferentes y banales. Con ruda brusquedad, que no pude reprimir, hostigado por la curiosidad vivísima que me dominaba, le interrogé:

—¿Olvidaste ya el infierno Escobar?...

Se me quedó mirando con una estupefacción muda y creciente, asombrado de mi pregunta. Después al percatarse de que le hablaba en serio le acometió una de aquellas crisis nerviosas y exaltadas, en las cuales sus ojos se inyectaban de sangre y se crispaban sus manos.

¡El infierno! ¡Ahora le temía más que nunca; le causaba un pavor infinito y formidable; pero no ya por él—puesto que tenía la seguridad de que su alma se salvaría—, sino por su hijo, por su bello hijito de delicadas carnes, rubios cabellos y ojos azules, espléndido como un ángel!

Cuando le tenía entre sus brazos y le contemplaba de cerca—tan de

cerca, que sus bocas permanecían unidas—, inevitablemente la idea del fuego expiatorio le hacía temblar de sobresalto el corazón.

Ahora, sus sueños, sus incesantes pesadillas convergían en el hijo adorado. Le veía en sus alucinaciones sumido en los abismos infernales, rodeado de fieras monstruosas que devoraban sin destruirle; de lagunas de fuego, en cuyo fondo su hijito lanzaba prolongados clamores de aficción. Oía su vocecita clara y dulce a través de su delirio, que gritaba:

—¡Papaíto, sálvame! ¡Papaíto ven; sálvame!...

Entonces Eugenio Escobar quería lanzarse con la furia del león en su ayuda, y el violento esfuerzo le despertaba. Un sudor frío bañaba sus carnes. Encendía los cirios del altar, y caía de rodillas ante las imágenes. Rezaba solamente por el pequeño. A veces, en el paroxismo de su dolor, exclamaba:

—¡Señor! Prefiero su salvación a la mía. Si para que su alma goce los deleites del cielo es preciso que la mía perezca, ¡húndeme a mí en los infiernos y lleva su espíritu a tu lado!...

Eugenio Escobar terminó lanzándose esta afirmación terminante: ¡Amo a mi hijo sobre todas las cosas!

Nos despedimos y ya no le ví más hasta aquella madrugada trágica, cuyo recuerdo permanecerá siempre vivo en mi alma, amargando las horas de mi vida.

Una noche—según supe más tarde—, luego de sufrir Eugenio una de aquellas horripilantes pesadillas que le enloquecían de miedo y de pesar, se levantó, y como solía hacer, antes de entregarse a la oración encendió todos los cirios del altar, que lanzaron intermitentes chisporroteos en medio del silencio profundo de la estancia. La esposa continuaba dormida, indiferente sin duda a aquellos actos que con frecuencia ejecutaba su marido.

Eugenio Escobar pretendió abstraerse en la plegaria, y no pudo. Parecía escuchar terribles vaticinios acerca del pequeño. Le profetizaban una juventud borrascosa y agitada, profusa en maldades. Uno tras otro iban agrupándose sobre su conciencia cúmulos de pecados. Por último, en su vejez, la muerte inesperada le sorprendía lejos de la gracia de Dios arrojándole como un guiñapo a los abismos insondables del bátrato.

Escobar puesto de hinojos ante el altar, imploraba la salvación de su hijo. Sin embargo, seguía oyendo las voces fatídicas que le repetían obcecadas:

—¿Tu hijo se condenará?

De repente le asaltó una idea que consideró luminosa y salvadora...

Me desperté al ruido de unos gritos angustiosos, que primero consideré lejanos y se acusaron luego muy próximos, cuando ante la insistencia de los lamentos me levanté del lecho y abrí, para cerciorarme, una ventana. Noté también atravesando el techo de mi dormitorio un

rumor desusado de pisadas, que me anunciaban algo anormal. Subí entonces al piso de mi amigo, en donde estaban ya algunos vecinos que habían acudido presurosamente. Me llevaron a la habitación siniestra del hijo de Escobar, donde ví el cuerpo del niño inhumanamente destrozado, con una mueca de dolor en su inocente rostro. Los gritos de la madre aterrorizaban ante el espectáculo del monstruoso crimen.

Eugenio Escobar, de rodillas al lado de la víctima, y con las manos, rojas de sangre, entrelazadas, elevaba a lo alto sus ojos, en una especie de éxtasis agradable.

Al verme exclamó radiante de júbilo:

—¡Mira! ¡He inmolado a mi hijo! En estos momentos acaba de penetrar triunfalmente en la gloria. Con este sacrificio lo he arrebatado de las garras de Satanás, para entregarlo puro y sin mancha de pecado en el seno de Dios...

En seguida volvió a dirigir su mirada a lo alto y quedó embebecido en la oración.

Como estaba amaneciendo, un rayo de sol penetró a través de la ventana, y envolvió en un bello resplandor luminoso el cuerpo del niño.

FERNANDO PERIS RUEDA

Prevenirse contra la Tos

HIDROCALCINA

(balsámica creosotada)

La Hidrocalcina previene y cura toda clase de catarros por antiguos y rebeldes que sean, evitando sus graves complicaciones.

La Hidrocalcina por su gran poder *balsámico, antiséptico, pulmonar, tónico y recalcificante* modifica prontamente la mucosa respiratoria alterada, reintegrándola a su estado fisiológico y recalcificando y dando fuerza al organismo, hace desaparecer la propensión a los catarros.

La Hidrocalcina cura radicalmente toda clase de tos, bronquitis, gripe (localización torácica) y bacilosis.

De venta en farmacias y centros de específicos.

CATALÁN Joyería, Relojería y Platería
INMENSO SURTIDO

Pi y Margall, 6, Valdepeñas

Curiosidades

Atención lector, y tranquilízate.

El cinematógrafo no trastorna la vista.

Corrientemente, se ha dado en decir, que el cine perjudica la vista. Nada menos cierto.

Nosotros, con algunos elementos de juicio, por no haber observado nunca tales trastornos y haciendo uso de la lógica, nos permitimos opinar lo contrario. He aquí las razones:

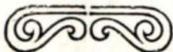
El ojo humano, está dotado, por la *Sabia Naturaleza*, de músculos externos que mueven el ojo en todas las direcciones, y de músculos internos que intervienen en la visión para acomodarla a las variadas distancias.

Todos sabemos, que a aquellos que más ejercitan sus músculos, son precisamente los que los poseen, más elásticos y fuertes. Sirva de ejemplo, cualquier atleta, que cuanto más se *entrena*, más dócil tiene, su musculatura a la voluntad; pues bien, aplicadas estas teorías al ojo, resultará, que aquellos que ejerciten su vista, mirando las imágenes variadas que se proyectan sobre la pantalla, tendrán una percepción visual, más fina, por que estimulan los músculos del ojo, los cuales adquirirán más flexibilidad y rapidez en los movimientos. Pero aún hay más; como el órgano de la vista ha de pasar con frecuencia en el cine de la luz a la obscuridad, la adaptación se hará mejor, porque también la pupila que regula la entrada de la luz en el ojo, funciona por medio de músculos.

No es por tanto aventurado suponer, con lo que actualmente se frecuenta el cine, que las generaciones venideras dispongan de mejor visión.

Hacemos una salvedad. Puede únicamente perjudicar el cine, a las personas que tengan defectos en la vista, porque someten al ojo, a un trabajo en malas condiciones. Ahora bien, este inconveniente estará solventado, con el uso de cristales convenientes al caso.

DR. UREÑA DELÁS





Luis Candelas
PELICULAS española
CINE



La Bejarana

as que se proyectarán en el
IDEAL

La Tintorería Madrileña

y Quinta Manchas de Manzanares

ofrece a su distinguida clientela su nueva sucursal CALLE CASTELLANOS, 1, donde encontrarán colores de moda y limpieza a seco, sin desforrar las prendas; precios económicos.

Miguel Patón - Valdepeñas

CATALAN

Optometrista

Gabinete de Optica

Graduación científica de la vista y consulta gratis

PÍ Y MARGALL, 6, VALDEPEÑAS

Muebles de Lujo y Económicos

Artículos de fantasía para regalos

Servicio de mesa en Cristal fino

Vajillas de Loza

Emilio González Pérez

—7, Pí y Margall, 7—

Cromos :: Molduras :: Lunas :: Aparatos para Electricidad

Guía Automovilista Galán

de las Carreteras de España y Portugal

Se admiten anuncios en la editorial Hurtado de Mendoza.

PINTOR MENDOZA, 12 — Precios económicos

OPINIONES

Hace pocos días se proyectó en este Cine Ideal una película que en general no agradó: Hollywood. Con este motivo, varias personas me han preguntado:—¿Por qué le ha gustado a usted? Voy a contestar a esta pregunta abriendo un paréntesis, por razón de actualidad, en el tema de la película española que viene ocupando esta sección.

Aparte de la presentación de estrellas y costumbres cinematográficas, que no vienen a ser en tal obra sino un accidente, aunque muy interesante, me ha gustado como otras muchas por su magistral interpretación y como muy pocas por su argumento delicado.

Este argumento, fatalista, más fatalista si cabe que el imaginado para su cuento por Merlo Delgado, encierra una historia altamente dolorosa y sentimental. Y estos dramas y estas tragedias que aún no han sido admitidos por la definición, son precisamente los únicos que me conmueven. Dramas y tragedias que se ocultan pudorosamente tras el velo de comedias y aún sainetes. Este género en el que son maestros los ingleses, sabios en disimular su dolor tras una sutil sonrisa, es poco conocido y menos comprendido en España. Los Quintero, han sabido hacerlo como muy pocos; pero el público, apenas se ha enterado de ello y esa sonrisa inglesa, solo ha sido aquí franca risa española.

El drama, tal como se manifiesta en el teatro, me repugna. El sentimiento (celos, amor, odio, venganza) se manifiesta en él con cínica ostentación, sorprendiéndonos en nuestros elementales sentidos y asaltando nuestro cerebro, allanando las defensas de nuestra crítica mental.

Yo no soporto la tiranía de este drama y, escéptico de él, me rindo a otros sentimientos más delicados, más *pudorosos*.

La sangre me impresiona; pero solo con un movimiento de horror: esa sangre que fluye roja y cálida de la herida, mortificando nuestra retina y produciéndonos la sensación de su sabor acre. En cambio me conmueve la sangre que siento latir dentro de un corazón.

La protagonista de Hollywood, única en su casa que no sirve para hacer películas, consigue solo por esto contagiarme su infinita amargura.

Pero esto, no pasan de ser opiniones más. Afortunadamente, el Empresario del Cine Ideal no se aconsejará por mis indicaciones... A no ser El admirable Crichton...

GARCILASO DE LA VEGUILLA.

Película de Feria

Para L. R.

- En este mismo sitio, compadre. Siéntese usted.
- Traete dos chatos, niño.
- Desde aquí vemos pasá ar mujerío que va a la feria.
- ¡Mire usted que mujé, compadre, mire usted que mujé!
- ¡Ole la Giralda con mantón de flecos!
- ¡Vaya una percha pa corgá mis pcnas!
- ¡Arrepare usted en aquella der saco grana!
- No es mala jembra, compadre; pero tiene una farta; la cara un poquito grande. Pa que le duela una gofetá hay que dársela con la tapa e la cómoda.
- Fijese usted en aquella niña empezando a vivir.
- ¡Que bonita es, home! pero a la mamá hay que mirarla con er cloroformo.
- ¿Conoce usted aquella que va allí?
- ¿Quién es compadre? ¿Es der barrio?
- ¿Ha visto usted que buena mujé está,?
- Sí, pero es argo esagerá de estatura. Pa dormir tiene que doblarse como las navajas de afeitá.
- Eche usted una mirada a mi derecha, compadre.
- ¿Quien viera?... ¡Ojú! que mujé, compadre de mi arma!
- ¡Que lástima, home!
- ¿Por qué?
- ¿No lo ve usted, compadre? Arrepare usted una mijilla. Tiene un ojo hecho en horma tuerta. Y la oreja derecha es el remate un chorizo.
- ¡Que guasa tiene la naturaleza argunas veces home!
- Pos mire usted aquel matrimonio. El es feo; pero ella se apuesta que es ma fea y le gana.
- Verdá, compadre ¡mire usted que es fea la gachí!
- ¡Y no tiene pies la nena! Se duerme de pie y no se cae!
- ¿Pos y los andares? Arrepare usted en los andares. Paese que va a pisá un ratón y no lo alcanza.
- ¿Y los hombros. Tiene uno más arto que el otro y paese un peso corrió? ¿Le habrá tocao ar marío en una tómbola?
- ¡Vaya estilo! Mire usted esta que viene aquí.
- ¡Ay mi mare! ¿De donde ha salido esta criatura?
- Su mamá de usted debía de dá a lú tos los domingos. ¿Se toca usted argo a la Virgen de la Esperanza?

—En lo de la Virgen le toco argo—contesta la muchacha con un gracioso mohín.

—¿Quién es esa señora que le acompaña?

—Mi madre.

—Oiga usted, señora mamá—exclama uno de los compadres dirigiéndose a la madre—¿Er papá de esta niña es escurtó?

—Er papá de esta niña es bastonero, ¿Sabe usted? Y lleva siempre un bastón de muestra pa los mocitos malangos. Ei, anda niña.

—Y como alma que se lleva el diablo, se perdió entre el bullicio.

S. GÓMEZ JIMÉNFZ.



Una Flor del camino

Película que se proyectará el Jueves 27 en el
CINE IDEAL

PISTO MANCHEGO

PRO BAEZA

En esta redacción se han recibido multitud de cartas y artículos, adhiriéndose a la labor comenzada por nosotros en honor de D. Jesús Baeza.

Sería nuestro deseo publicar todos estos originales; pero dadas las pequeñas dimensiones de nuestra revista nos es imposible de todo punto, recomendando paciencia a nuestros comunicantes.



Las doce están al caer,
cuando el trabajo dejamos:
una voz dice: ¡a comer!,
y todos responden: ¡vamos!

.....

Las dos están para dar,
y todos los hombres callan:
uno dice: ¡a trabajar!,
y todos responden: ¡vayan!



Viene desde tiempo inmemorial preocupando a los sabios el por que la Tierra es achatada por los polos y ensanchada por el ecuador.

La razón hasta hoy admitida casi unánimemente, es que se trata de un sencillo efecto de fuerza centrífuga.

Nosotros hemos conseguido averiguar la siguiente verdad:

Es universalmente reconocido que Jehová hizo, mucho antes del año de la señora Naná, el Cielo.

Y Jehová vió que esto era bueno.

Y seguidamente hizo la Tierra que resultó perfecta.

Y dijo Jehová: He aquí ahora que la Tierra es redonda y hermosa

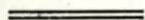
Y... naturalmente: la Tierra se ensanchó.



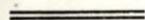
NOTICIAS

Ha tenido lugar el reparto de ropas y premios, que anualmente viene verificándose en el Centro catequístico de Veracruz, que dirige el virtuoso coadjutor de la Asunción D. Manuel Muñoz, secundado por una pleya de señoritas, de cuyos sentimientos caritativos y elevados, da fé la cantidad recaudada.

Reciban nuestra más efusiva felicitación las señoritas catequistas: de Santa María, de Recuero, Pepita Hellín, Josefina Vasco, Laguna, Rodero, Amparo Cejudo, Alcubillas, Huertas, Gloria Caminero, Racionero, Amunátegui, Muñoz y García.



Ha salido para Ciudad Real, el tesorero del Colegio de Licenciados y Doctores de la Institución Moderna, D. Francisco S. Carrasco.



«La Casa Fabra», célebre fábrica barcelonesa de hilaturas, abrió un concurso nacional de bordados a mano y a máquina. Existían varios premios; el primero de 1.500 pesetas. Se presentaron unos treinta mil trabajos, habiendo quedado desierto el primer premio.

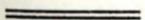
El cuarto—el tercero, en realidad—ha sido otorgado a la labor presentada por nuestra paisana, la bella y distinguida señorita Virtudes Calvo, hermana de nuestros buenos amigos D. Rafael, D. Tirso y don Nicolás.

Motivo de orgullo es para Valdepeñas este premio alcanzado por la laboriosidad y arte de una hija suya.

Nuestra sincera enhorabuena para la señorita de Calvo.



Después de pasar varios días en sus posesiones de Ballesteros, ha regresado a ésta nuestro celoso arcipreste, D. Ricardo Calso.



Bastante delicada ha partido para Madrid la prestigiosa maestra nacional doña Purificación Rodríguez, madre de nuestro particular amigo el abogado D. Lorenzo Medina.

Hacemos votos por la mejoría completa y pronta de tan distinguida señora.

El día 21 tomó posesión la nueva junta directiva del Real Automóvil Club Manchego. Está constituida de la siguiente forma:

Presidente, D. Gonzalo Martínez Pardo; vicepresidente, D. Juan Jiménez León; secretario, D. Antonio Cornejo Rabadán; vicesecretario, D. Salvador Galán; tesorero, D. José Merlo Rabadán; vocales, D. Matías S. Carrasco, D. Nicolás Calvo, D. José H. de Mendoza y D. Juan Gil.

Cuarto Martes de Moda. La crudeza de la noche del martes pasado hizo que no se viera el salón del Cine Ideal tan concurrido como de costumbre; de todas formas la función de moda estuvo bastante animada, avalorando su encanto la presencia de señoritas tan bellas como las de Fernández (D. Ricardo), Huertas, Bernardo (D. Pedro), Montero, Sanz (D. Juan José), Ballenato, García Rojo, Camacho, Castell y Sierra.

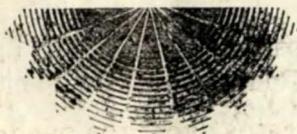
Asistieron también las señoras de Huertas, Ballesteros, García Rojo Merlo (D. Francisco), Merlo (D. Tomás), Sierra, Albi, Morales (D. Francisco), Puche y González (D. Leónides).

Procedente de la Corte ha llegado a ésta nuestro querido amigo don José Madrid Laguna. Bienvenido.

Con toda felicidad ha dado a luz un hermoso niño la esposa de nuestro particular amigo D. Antonio Martín.

Nuestra enhorabuena.

De vuelta de su viaje por varios pueblos de la provincia hemos saludado a nuestro buen amigo D. Graciliano Merlo.



AYOMERLO

Farmacia Moderna DE A. NOCEDAL

Escrupulosidad y esmero en el despacho y confección de recetas.

Dosificación exacta.

Agua oxigenada NOCEDAL.

Específicos Extranjeros y del País.

Vendas, Gasas, Algodones, Bragueros, etc.

Seis de Junio, 20

Teléfono 105

Símbolo de Elegancia

es solamente usar los productos de la casa

IDEAL BOUQUET

Perfumería y Novedades

Real, 4

PLUS ULTRA SASTRERIA

TIENDA instalada en la calle Pi y Margall, 11 donde encontrarán gusto, elegancia y economía en precios igual en géneros que por medio de muestrarios pueden elegir.

NOTA DE PRECIOS

Hechura de traje 25 y 30 pesetas, con forros 45 50 y 55 ptas.
» de abrigo 25 y 30 » id. id. 40 y 60 »

En espera de sus gratos encargos queda su afectísimo

JOSÉ MOYA

5505

COLEGIO
Institución Moderna

BACHILLERATO

Escuela graduada, con sección de Párvulos

Carreras especiales

Único Colegio, en Valdepeñas,
incorporado oficialmente
al Instituto de Ciudad Real